

Acentuando concordancias y no antagonismos

AL aproximarse el retorno normal de las actividades, creo oportuno formular una reflexión que estimo importante para la etapa política que se avecina.

Como lo he comentado anteriormente en estas mismas columnas, resulta palmario que el centro político chileno está vacío. El progresivo giro hacia la izquierda de las dirigencias demócratacristiana y radical, ha alejado visiblemente de esos cauces al electorado que otrora los respaldó, en el entendido que apoyaba a colectividades centristas.

Los chilenos reacios a cualquier definición socialista —aún atemperada como "comunitaria" o "democrática"— no se limitan a aquellos que en las últimas décadas se aglutinaron en torno a la denominada derecha política tradicional. Son actualmente muchos más. Interpretar, pues, a todos esos demócratas de centro y de derecha (siguiendo la terminología clásica) es un deber para quienes han asumido el compromiso de construir una sociedad integralmente libre.

AHORA bien, parece inevitable que, tras un decenio de receso político, emerjan diversos conglomerados —y no uno solo— en esa

área del espectro cívico. Tal variedad inicial, expresiva ya sea de diferentes enfoques conceptuales o prácticos frente a determinadas materias o bien de diversos estilos de acción pública, puede incluso ser positiva y enriquecedora para el decantamiento posterior que ineludiblemente habrá de sobrevenir.

Sin embargo, pienso que constituiría una desaprensivo error el desconocer un peligro inherente al mismo cuadro. Me refiero al obstáculo que para futuras convergencias representa todo cuanto signifique acentuar ahora las diferencias entre los distintos movimientos o grupos que responden a esa corriente de pensamiento.

El riesgo, que ya se insinuó serio en los primeros meses de la apertura política en marcha, se ve potenciado por varios factores.

"Chile requiere de una confluencia entre los sectores democráticos de centro y de derecha, sin perjuicio de las identidades diversas que se justifiquen"...



Desde luego, se trata de agrupaciones que, en cierto modo, rivalizan por captar posibles adhesiones a veces relativamente similares. En seguida, sus dirigentes se ven expuestos a entrevistas periodísticas en que la sal y pimienta suelen buscarse precisamente favoreciendo incordios o polémicas del entrevistado con los sec-

tores más afines de éste. Por último, concurre también el clásico espíritu fraccionalista del chileno que tiende más a multiplicar sectores enconados que a robustecer lazos de similitudes.

Con todo, los aludidos escollos no eximen de la responsabilidad de superarlos que pesa sobre quienes son o aspiran a ser dirigentes en nuestra vida política presente y futura.

CHILE requiere de una creciente influencia entre las fuerzas democráticas de centro y de derecha, sin perjuicio de la mantención de aquellas identidades diversas que se justifiquen. Y la primera exigencia unitaria al efecto consiste en acentuar las concordancias —y no los antagonismos — entre los conglomerados afines.

La experiencia demuestra que los ataques personales consignistas o descalificatorios suelen dejar huellas muy difíciles de borrar. Además, ellos desalientan gravemente a esas mayorías silenciosas que anhelan dirigencias políticas renovadas y capaces de trascender rencillas personales, mezquindades de grupos y aún respetables divergencias secundarias frente a lo esencial.

Es esa actitud patriótica y desprendida la que el país requiere. Es esa conducta madura y generosa lo que la opinión pública reclama. Claro que ello sólo podrá ser perdurable y eficaz en la medida en que corresponda a un convencimiento sincero y no a un mera pose táctica.